

DOMINGO I DE CUARESMA (Ciclo B)

Como cada año, el primer domingo de Cuaresma escuchamos el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto. Este año corresponde la versión de Marcos, que es la más breve de los tres sinópticos.

Se nos dice que Jesús se dejó tentar por Satanás. Siendo Dios, podía evitarlo; pero por su condición quiso pasar por esa experiencia común a todos los hombres para darnos ejemplo. Dice san Agustín: «Cristo nos incluyó en sí mismo cuando quiso verse tentado por Satanás... ¿Te fijas en que Cristo fue tentado y no te fijas en que venció?». Y en otro momento dice: «¿Por qué permitió ser tentado sino para enseñarnos a resistir al tentador?».

Las tentaciones de Jesús han de leerse desde esta perspectiva, porque si no, quedan sólo como un hecho heroico inaccesible para el hombre concreto. ¿Cuántas veces no experimentamos la debilidad y la impotencia y nos sentimos incapacitados para seguir luchando? Sin duda, muchas. Pero en Cristo podemos salir vencedores.

Esa relación con Cristo se da por el bautismo. Así lo señala Pablo en la segunda lectura, que engarza perfectamente con la primera de hoy y con el evangelio. Respecto al diluvio, nos indica que era signo del bautismo. En cuanto a nosotros, señala que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó, de manera que el cristiano, por la resurrección de Jesucristo, puede salir vencedor en todas las tentaciones. Pero no lo olvidemos: el combate es con Cristo. Sin él nada podemos.

Contemplar la victoria de Jesús en el desierto es muy consolador. Muchas veces quedamos admirados de cómo el mal se abre paso en el mundo. Pero qué bueno es detenerse largo tiempo a ver cómo Jesús derrota al enemigo y nos ilumina sobre nuestra condición de redimidos. No luchamos solos, lo hacemos con Jesús. Ver a Jesús como vencedor y reconocernos a nosotros en él resulta muy reconfortante, y nos habilita para vivir nuestra vocación con una mayor confianza. Por eso el cristiano no tiene miedo. Las tentaciones pueden ser muy grandes, pero Jesús siempre es más fuerte. Donde el hombre, con sus solas fuerzas, está abocado al fracaso, aparece Jesucristo para que podamos triunfar con él.

La primera lectura, que nos habla del diluvio universal, debe enfocarse desde la misericordia divina. A veces juzgamos a Dios como si fuera cruel. Pero el destino del hombre sometido al pecado es terrible. Aquella enseñanza del Antiguo Testamento nos muestra las trágicas consecuencias del hombre que abandona a Dios. Noé, como signo de los que confían en el Señor, se salva junto con su familia en el Arca. Por eso, aunque el pecado conduzca a la destrucción, Dios siempre está dispuesto a salvarnos. De ahí que establezca una alianza. Dios la irá renovando con su pueblo hasta la Alianza nueva y definitiva sellada con la sangre de Cristo.

Jesús no sólo es la garantía de que podemos vencer el mal, sino también de que la Alianza durará para siempre. Hay alguien que ha correspondido de forma perfecta a la oferta misericordiosa hecha por Dios: es Jesús. Dice san Pablo: «Cristo murió por los pecados una vez para siempre, el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios».

Que la Virgen Santísima nos ayude a vivir esta cuaresma bien pegados a Jesús.